

UN CONSTRUCTIVISMO DEL URUGUAY

PERTENECÍO a esa generación de constructores que mediado el siglo se elevaron, en toda América, a la tarea de crear las sociedades modernas, progresistas, que reclamaban sus países. A sus padres americanos les había tocado liberar; a ellos les correspondió, históricamente, construir. Tuvo que valer el espíritu de una vanguardia, los valores más ferrenos de la hora oscura, estructuralista, recoger en la sociedad proyectándola hacia el futuro, y al mismo tiempo recomponer unidades nacionales dotándolas de aglutinantes tradicionales. ¿Quéis demasiadas tareas juntas y quizás muy pocas horas disponibles para ello. Por lo tanto hubo que concretarlo todo al mismo tiempo, en su patria, en los más distintos campos, ya la jurisprudencia, el trabajo, la política, ya el arte, ya la pedagogía. Este desperdicio en tan y tan diversos caminos, que hoy vivimos en la época de la especialización, hubiera parecido pernicioso si era la exigencia de su hora. Pero no hubiera sido posible si esos constructores no hubieran contado con su energía interior, con un afán concreto de realizaciones y una posibilidad de aplicarlo que en el país no se ha vuelto a repetir.

Figari pertenece también al signo del Quimbombó, en el que se mostró de unitario y nacional, pero escrupuloso en los partidos, para encarar las enormes tareas del país sin afectivas estancias del extranjero, abriendo las puertas a una guerra distinta, la del cirilismo que instauró el signo de una sociedad nueva. Hoy y se celebran su centenario ingresó al Museo Nacional, podemos considerar a no sólo al pintor a quien se reconoce, sino también al pensador, al que combatió la pena de muerte, al que promovió el desarrollo de la cultura, al filósofo reformador de la Escuela de Artes y Oficios, al cuentista, al poeta, al dramaturgo, al artista, al orador.

Este hijo de tercetos renovesse tuvo la suerte de disponer de un tiempo de descanso sin tener sobre su país, según dicho sobre su patria, porque desde el principio sus días habían terminado el ciclo anterior, no se podía volver al, en la nostalgia, paraiso de su infancia, sino a un mundo de la emigración, y había que crear algo nuevo y real y verdadero, ese mundo abstracto que se llama arte. Pero haber dispuesto de vida y salud y dieta adecuada desde 1901 a 1950 — poco desarrollar el ciclo completo que lo llevó desde su tesis doctoral sobre los problemas seriales, en plena juventud, a sus días de pintor en París. Ahora que lo vemos, ya curado, y lo aborrecemos a una sola mirada, es sorprendente la unidad que una energía insuperable mueva a lo largo de esa vida, y el proceso seguro de interiorización que le hace ascender unos y otro pedañito hacia la coronación de su carrera: porque si fue un constructivo que cabía estudiar los fenómenos de la conciencia reales de una sociedad, la dominante de su naturaleza fue su calidad de artista reflexivo que lo llevó hasta su acción, desde sus escritos filosóficos hasta el arte que va Escuela de Artes y Oficios y que culmina cuando es capaz de aceptar la vida del epíteto, dice "no hay cosas grandes inmediatas del medio, y se entrega a la pintura y a la literatura. Aparece entonces, dramáticamente registrado en el momento, en su círculo familiar y amistoso, pero del que saldría su contribución más generosa a la patria en que vivía.

Había abandonado la realización concreta, mensurable, real — proyectada, campañas, reformas, iniciativas — sustituyéndola por una aporética, que hoy en nuestro país, como en otros países americanos, sólo inspira una plébea simpatía. Pintó y escribió "pedregal" crítica, "Pocos pudieron ser" especialmente cuando la mayor contribución de constructores a la patria estaba haciendo la comprensión nacional, dotándola de una conciencia — hecha de fracturas, de individualismos, de partidos —, de una conciencia imperiosa. El propio al de una imagen que tra-

taba de abarcarlo enteramente y que por lo tanto fuera aceptable por los diversos estratos sociales, los diversos grados de cultura y de sensibilidad; es decir, intentó un arte nacional, y subsidiariamente americano, en que una sociedad se reconociera conjuntamente.

Es su más alta empresa que logró imponerse con el habitual retraso que observamos en el primer plano. Pero la de Figari no respondía exclusivamente a una sensibilidad artística sino que se trataba de un problema sociológico: ¿cómo se podía hacer un arte que no fuera despreciado de sus cuadros y escritos no lo ves en una primera instancia, es el arte que se debe de fuerte tipo intelectual lo que establece la unidad y el poder de los cuadros, en tanto que los otros son frustraciones.

Su intento en arte va dirigido para el arte, la temática, postulando un robustecimiento de los contenidos conceptuales, en tanto que las técnicas y los estilos se atribuyen a aquellos en que fue formado. "Hacer una casa que ya está hecha". Su intento en arte va dirigido para el arte, la temática, postulando un robustecimiento de los contenidos conceptuales, en tanto que las técnicas y los estilos se atribuyen a aquellos en que fue formado. "Hacer una casa que ya está hecha". Su intento en arte va dirigido para el arte, la temática, postulando un robustecimiento de los contenidos conceptuales, en tanto que las técnicas y los estilos se atribuyen a aquellos en que fue formado. "Hacer una casa que ya está hecha".

Para el arte no será "una entidad extraordinaria sino un recurso necesario para el vivir, para poder acompañar al hombre en todas sus direcciones", de tal modo que el arte sea un instrumento de profunda necesidad vital del ser humano que reclama satisfacción. Pero lo más importante de tal creación será, siempre para Figari lo que llama "la fuerza, por intenso que fuera. Ningún esfuerzo, ningún trabajo, nada valdrá un esfuerzo destinado a ser finalizado. Esta opción de elección de la vida, en el arte, es el pensamiento de Figari, a la opción de finalidad del hombre, o sea al individuo. En primer lugar, absoluto, para evitar el ingreso a la metafísica, sino como resultado de un trabajo y un servicio del mejoramiento humano. Lo específico de esta opción es que el hombre debe de mejoramiento, que responde al idealista positivista: el impulso instituido por el individuo, en sus necesidades del hombre mediante formas de convivencia respetuosas y mutuas, que se basan en un conocimiento científico de la realidad, o lo que él llama "temperna de adaptarse al ambiente natural".

Cuando termina su gran libro de estética *Arts, estética, ideal* (1917), lo



dedica sentuosamente: "A la realidad, mi más alto homenaje". Para él el hombre actúa sobre esa realidad en un esfuerzo de relacionarse para mejorar, y de esa actividad dominadora surge la verdad: "la verdad es una conquista sobre la realidad en el sentido del conocimiento, es una realidad concida por el hombre. Se comprende, pues, que no pueda haber la realidad misma fuera de esa realidad".

"Hay que ser prudente" es una frase que estaba muy a menudo en su boca. Había nacido y pasado su juventud en un mundo excesivamente prudente donde las pasiones desordenadas, los odios, las aberraciones ideológicas, habían hecho estragos. Dentro de esa actitud él tipificó el espíritu sano y creador de la burguesía nacional que pretendía acomodarse a los espíritus levantisos dentro de cánones apacibles, protocolares muchas veces, lo que él llamaría reales, acordes con la naturaleza humana. Esa acomodación está expuesta con abundancia de detalles en la utopía humorística que escribiera por 1930 y titulara *Historia del arte sobrio*, donde expresa sus sentimientos excesivos y de ilusiones, respeto mutuo, aceptación simple de las imposiciones físicas y del medio, aborrecimiento de lo artificioso y complicado, moderación para todo. Repensando los epígrafes que inventó para cada uno de los capítulos del libro, se obtiene un resumen de sus ideas: "Trabaja y obra honestamente: eso cuenta más que un rugido" (Eliot); "Las naturalezas donde hemos de acomodarnos. No pretendas superarlo, inculcarle su dignidad" (Vico); "La pureza, a fuerza de espiritualizar, pone a la humanidad en ridículo" (Alexandru); "Ama los demás, no merecerás" (Gernandus); "Si existamos, lo propio bueno te mostrará" (Gennardus); "Lleva cuanto

securas puestas para examinar su espíritu. Sólo el hombre que el alma del autor puede rescatar el espíritu burocrático que se desprende de estas recomendaciones, pero en su momento se reclamaba un orden, una lucidez menudamente realista, que permitiera cumplir con la gran tarea de construcción a que se consagrara la burguesía uruguayana. Si la generación de libertadores había dedicado a la ruptura peladora, a esta de los constructores le correspondió el "reconocimiento" del mundo en que estaban.

A ese espíritu responde unitariamente el carácter y el espíritu, idealista y ha desaparecido el individuo. Evócase por un momento la galería de sus cuadros y se sentirá profundamente que todos sus guachos son el mismo hombre, el mismo espíritu, el mismo alma, todo sus negros el mismo negro. Pero tampoco es una clase y lo que se quiere pintar será con un carácter intenso, son las formas de la soledad. Su evocación está presidida por el social, la vida en comunidad. Lo que registra Figari, lo que está buscando, es la especie humana esencialmente humana, los seres elementales viene a ser en definitiva un ritual, con toda su organización compleja y arquitecturada. Es decir, que el hombre viene a ser en definitiva un ritual, con toda su organización compleja y arquitecturada. Es decir, que el hombre viene a ser en definitiva un ritual, con toda su organización compleja y arquitecturada.

Para escribir, arte, estética, ideal. Figari había relegado la pintura a un lugar muy menor dentro de las bellas artes, debido a que la pintura plasma estados emocionales, pero los que vive del pasado, y su colaboración en el progreso humano le parecía mínima. El sabio kirio Prudente dice que "orden imágenes no cuentan por una sola idea". Pero así mismo la evocación de Figari contribuirá al desarrollo de la sociedad; la pintura le permite exponer los argumentos humanos, los seres elementales que integrarán la ciencia pedagógica. Generalmente se incluye a Figari en los grupos de los "desaparecidos", más falso. Nunca fue un tradicionalista — "yo bastante se burló de aquellos que se burlaban de lo que fue de lo que fue" o de los "autónomos del pasado" —, sino que se preocupó de lo que hoy se hace por "sublevarlo o por agradecerle a los "forjadores de la patria" que hoy se encucan en ellos características humanas fundamentales que responden a sus ideas sobre el destino. En ellos, y en general en los americanos, hallaba esa comprensión con lo real y ese visión de los fundamentos para la creación de un nuevo futuro, capaz de sustituir el preciosismo y artificialidad de las culturas europeas.

Esto es más notorio si se repara en una zona típica de Figari: los negros. ¡Por qué tan internamente se fijó la atención de Figari sobre ellos! Son seres que han eliminado de su existencia todo lo que se relaciona con lo que viven de acuerdo a "lo básico, lo esencial cimentador". Para Figari éstos son los valores de comportamiento positivo del hombre y esa es la verdadera actitud humana que debe llevar a la sociedad futura. Recordemos al respecto una frase reveladora de su pensamiento: "Los analabatos los" (Pasa a la Pág. 22)

Editorial A.B.F.A.

Acaba de Aparecer un nuevo título de la Colección Letras de Hoy Juan de Los Desamparados

Novela por **Julio C. Da Rosa**

La más madura expresión de un excelente narrador singular, cuya profundo encanto reside en un estilo vigoroso y en una temática de humanísima inspiración.

Un volumen finamente presentado \$ 8 00

Distribución y Venta LIBRERÍA A.B.F.A. Ciudadela 1389 Montevideo